



Helio Vera

La consigna

Cómo no iba a reconocer este lugar. Quién mejor que yo, Regalado Montiel, el mejor y más mentado mariscador del Piripukú. Baqueano de alto precio, que no se arregla con cinco reales ni con provistas de poca monta. Veterano del 70, desde Corrientes en adelante, lo que no es poco decir. Sargento mayor que fui del ejército del Mariscal; oficial de la Escolta, hombre de su confianza total, sombra infalible de sus pasos.

El lugar, así mismo. Igualito que cuando lo dejé hace treinta años. A espaldas del pirizal, a menos de media legua de camino firme. Bajando una lomada. Como entonces, todo idéntico: el aire podrido que viene del agua estancada con cada golpe de viento; el enjambre de mariposas; la poca luz amarilla que dejan pasar las ramas; el monte tupido, que hay que abrir a golpes de machete.

Aquí están las marcas que dejamos entonces, en 1870, cuando vinimos a esconder el tesoro de la patria, por orden del *Karaí Guasú*; para que no lo agarren los *kambá* o no se lo repartan los traidores de la Legión. Veo las viejas cicatrices en la corteza de los árboles. Todavía apuntan, como una flecha, hacia el *yvyraromí*, grande como una catedral, que se recuesta sobre el barranco. [38]

Las marcas están más altas, ahora ennegrecidas. Casi sobre mi cabeza. Mucho más arriba que cuando las hicimos, a machetazos, con los payaguá que me acompañaron aquella vez. Los árboles crecen, señor, como la gente. Cada uno busca un espacio mas arriba de los demás, para orearse al sol más tibio.

Yo mismo encontré este lugar. El arroyo se agranda y, forma este remanso, de agua negra y profunda. Ahora lo cubren demasiados camalotes; los habrá traído una creciente, quién sabe de dónde. Alguna vez se irán bien lejos, boyando sobre la correntada. El agua bajará hasta su antiguo nivel y la tierra quedará lavada y fresca.

Quién pensaría que todo ese oro está allá abajo, en el fondo del remanso. Revuelto con el lodo, brillando entre las maderas podridas de las cajas, que todavía tendrán grabada la estrella naciente, el escudo de la República.

Tanta riqueza durmiendo; envenenando el agua, encandilando a los peces. Las chafalonías. Los rosarios de plata, de quince misterios. Las joyas. Los anillos carretones. Los aros de muchos ramales. Las onzas de oro. Las libras esterlinas. Las filigranas de los joyeros de Luque. La plata labrada de las iglesias.

Casi ya no se ve la enorme cadena, gruesa y pesada, que se abraza al *yvyraromí*. Los eslabones envuelven al árbol, se confunden con la madera, se bañan en la savia. Después, confundidos con los helechos, viborean silenciosamente hacia el remanso y se hunden en el agua mansa, hasta enroscarse en los cajones sellados [39], uno por uno. Como una *kurijú* de hierro, larga y hambrienta. Traerla hasta aquí fue un trabajo de negros, de tantas arrobas que tenía. Apenas pudimos bajarla de la carreta.

El propio *Karaí Guasú* me dio la consigna. Fue la noche que llegamos a orillas de la laguna Kapi'ivary, en las nacientes del Ypané Guasú. Habíamos cruzado dos veces la cordillera y andado sin rumbo por los campos de Jerez. La tropa se caía de flaca, debilitada por el hambre. Cinco mil comenzamos la retirada hacia el Norte y ya no éramos más de quinientos. El resto se quedó por el camino, para siempre.

Íbamos buscando la boca de la picada del Chirigüelo, que nos conduciría hasta Cerro Corá. El Mariscal creía que estaríamos bien protegidos en ese lugar: una especie de olla de piedra que forma la cordillera, escondida en un lugar inaccesible, de fácil defensa. Faltaban pocas leguas para llegar y estábamos haciendo la última posta. No había cristianos por aquellos despoblados. Algunos *ka'yguá* merodeaban por las cercanías, hacia cerro Sarambí y cerro Guasú. A veces veíamos sus fogones y escuchábamos sus cantos, a lo lejos. Pocas veces se acercaron. Ellos decían que el ombligo del mundo estaba en Yvyptyté, a distancia cercana, entre los montes.

Había llovido a cántaros en los últimos días. Todos estábamos muy maltratados, desfallecidos. Aquella noche, la gente descansaba en el barro, como podía, [40] o improvisaba sobrados en las horquetas de los árboles. Solamente los centinelas andaban por el campamento, casi en cueros, abrazados a sus rifles, los ojos vigilantes.

El Mariscal me hizo llamar. Acabábamos de ranchar con tiras del correaje, ablandadas a fuerza de hervir el agua; sólo como ilusión, para engañar al estómago. Yo ya maliciaba algo, aunque no todo, de lo que iba a ocurrir. Las carretas que llevaban el tesoro no habían sido descargadas. Esperaban cerquita de la tienda del *Karaí*, rodeadas de un cordón de centinelas.

Hicimos el inventario de su contenido, pieza por pieza, a la luz de un *lampíu*. El viejo vicepresidente Sánchez hizo de escribano. Me dieron todo el caudal, bajo recibo, con orden de ponerlo a salvo, en lugar seguro y secreto. Firmé sin dudar. Recuerdo la fecha -29 de enero de 1870- y el cuchicheo de Sánchez cuando repasaba el contenido del cargamento. Se apoyaba en un bastón, para no caerse de sueño y de debilidad.

Luego de terminar la lectura, el *Karái Guasú* ordenó a los demás que se retirasen. Nos quedamos solos, los dos. El *lampíu* se apagó. Casi no se veía nada, pero él estaba ahí, sin moverse. Yo escuchaba su voz, muy baja, que parecía venir de otra parte, y no del bulto oscuro que estaba frente a mí. Me instruyó acabadamente sobre lo que yo tenía que hacer. Tuve que repetirle tres veces los detalles, hasta que estuvo cierto de que había entendido bien. Me puso la mano sobre el hombro y me sembló largamente. Estuvo silencioso [41], pensativo. Creo que le pasó por la cabeza que yo también iba a traicionarle. Como tantos otros, que escapaban con cualquier pretexto, para tratar de salvar sus miserables vidas. Al fin de cuentas, no sería una excepción: sus propios hermanos, sus cuñados y hasta su madre conspiraron para envenenarlo, con una chipa.

Además, era muy grande la responsabilidad que me estaba echando encima. Hacía diez días, nomás, había desertado el mayor Félix García, soldado corajudo y leal. Se fue con un carretón cargado hasta el tope con alhajas y joyas de la madre y de las hermanas del Mariscal, que confiaron a su custodia. La codicia es grande, señor, y araña el corazón del hombre mejor templado.

El *Karái Guasú*, en persona, me dio el santo y seña para atravesar la línea de retenes. Me colgó al cuello un escapulario con la imagen de la Inmaculada y me despidió. Casi nadie se dio cuenta de que las carretas estaban saliendo del campamento. La guardia me dio paso, medio dormida. Apenas escuchó las palabras exigidas.

Me dieron cinco payaguá, para la boyada y la custodia. Los más guapos y robustos de lo que quedaba del batallón de chaflaneros. Cada uno con sable, lanza y rifle Turner. Llevamos bastimentos, lo mínimo, para aguantar. Casi nada. Un poco de fariña y unas tiras de cecina. Pero no había razón para inquietarse. Los payaguá saben arreglarse de cualquier forma. Comen [42] víboras, sapos y ratones, como si estuvieran en un banquete del club Nacional. En el monte más cerrado adivinan el agujero del *tatú*, el nido de lechiguana, rebosante de miel, y el refugio del *mboreví*. Si es necesario, engullen sin asco unos gusanos blancos que se juntan en los troncos podridos. Yo los he visto comer chicharrón de perro en el Ygatimí, chupándose los dedos, de puro gusto.

Salimos con tormenta. La tierra retumbaba con los truenos. Nos veíamos la cara, sólo por casualidad, cada vez que caía un rayo. Recién de madrugada, el cielo se despejó un poco. Y allí estaban las Siete Cabrillas y el Puñal del Marinero, para mostrarnos hacia dónde rumbear. Los payaguá cantaban despacito, quién sabe qué cosas.

De ayudante, el capitán Josías Maldonado. Lo quería como a un hermano, de tanto que anduvimos juntos. El chucho y una herida de Itá Ybaté, que todavía echaba pus, lo tenían un poco quebrantado. Además, el coto que le crecía en el pescuezo estaba cada vez más grande y feo. Pero de extrañarse no había motivo. Ninguno de nosotros andaba muy entero por aquellos parajes.

Comenzamos a hablar, Josías y yo, cuando estuvimos bien lejos del campamento. Ya no importaba hacer un poco de ruido y por eso pudimos calzarnos las espuelas nazarenas. Nos pusimos a casear, repasando sucedidos que habíamos vivido. Como si la guerra hubiese sido cosa que le estaba pasando a otra gente, [43] en otro tiempo. Hablábamos al paso de nuestros montados, que abrían la marcha de la caravana.

Nos metimos en la corriente de los arroyos, nos paseamos por los esteros, atravesamos pedregales. Zigzagueamos como desatinados. Sólo para estar seguros de que nadie estaba siguiendo nuestra rastrillada. Hicimos muchas leguas, desde el campamento hasta aquí. Muchos hubieran dejado cualquier cosa para pegarse a nuestro recorrido. Con un buen baqueano *ka'yguá* no hay presa que se pueda perder. Por unos patacones y una botella de caña podrían haber salido detrás de nosotros y estar pisándonos los talones.

No sabe usted lo que es un rastreador indio. Tiene la vista larga del *karakará* y el olfato fino del perro tigrero. Todo le sirve para orientarse, minucias a las que ningún cristiano haría caso: la rama de un árbol, mal colocada con relación al viento; la forma en que fue pisado un palito; el olor y la tibieza de los excrementos; las cenizas de una fogata. Con una ayuda así, cualquiera podría habernos dado un buen susto. Pero, por suerte, no pasó nada.

Anduvimos vagando por este desierto sin saber muy bien dónde teníamos que llegar para cumplir la orden, Pero seguíamos procurando, al tanteo, a ciegas. Yo iba, marcando nuestro recorrido en un pequeño mapa. Las carretas se trancaron varias veces en el barrial, y tuvimos que quitarlas a pulso. Para eso, los payaguá no tenían rival. Menos mal que se habían conservado más fuertes que todos los demás soldados; [44] mediante su costumbre de comer puerquezas que otros despreciaban.

Al caer la última noche entramos en el pirizal y, luego de dos horas, tocamos tierra firme. Un trecho corto y ahí nomás estaba el sitio perfecto, justo detrás de la lomada. Ya era oscuro cuando me recosté a descansar en este mismo lugar y le recé a la Inmaculada, apretando fuerte el escapulario.

Tuvimos que carnear un buey puntero que se nos había mancado casi justo al llegar. Fue la primera vez en varias semanas que rancheamos con carne vacuna; una fiesta. Todo lo anterior había sido puro cogollo de palma, naranja agria y frutas de *pindó* y de *yvapovó*.

Durante el resto de la noche despedazamos las carretas. Tenía que desaparecer hasta la última astilla de nuestra presencia. Después colocamos la cadena en su sitio. Una punta quedó atada en la punta de este árbol, ahí, donde la ve ahora. El otro extremo lo anudamos a cada una de las cajas, las que fuimos tirando al remanso. También allá fueron a parar los restos de las carretas. Clareaba cuando pudimos descansar, con las coyunturas temblando, como atacados por el baile de San Vito.

Usted querrá saber por qué el *Karáí Guasú* me eligió a mí, Regalado Montiel, para esta misión. Yo fui criado de la familia López, desde chiquitito. El hermano de Don Carlos, don Francisco de Paula López, me sacó de un obraje de Yuty. A mi madre le había llevado [45] el pasmo de sangre cuando yo tenía un año; ni siquiera me había destetado. Mi padre murió de ojeo y casi no recuerdo su cara. Apenas la tibieza de su poncho cuando me hacía dormir en sus brazos, en el invierno.

Yo me sentí en Trinidad, como criado en la casa de don Carlos. Conchavo tranquilo, sin sobresaltos ni apuros. Todas las mañanas le cebaba mate antes de salir el sol, todavía con claridad de lucero. En la pava, hirviendo sobre el brasero, le mezclaba yuyos para

orinar mejor y romper las arenillas de los riñones, *Kokú, parápara'í*, cepacaballo, *ñangapiry*, batatilla. El señor me daba siempre la bendición y me llenaba de consejos, cosas buenas para triunfar en la vida. Una vez me regaló una moneda boliviana.

Don Francisco de Paula se murió en Caazapá. Lo enterraron con su espada de oro, bajo una lápida de mármol. Lo lloré sin consuelo, porque le debía muchas cosas. Don Carlos decía que no hay pecado más negro que ser un desagradecido. Y que el peor lugar del infierno es el que está reservado a los traidores y a los que pisan su palabra. Como aquel su pariente don Manuel Pedro de la Peña, que comió de sus manos y se fue después a Buenos Aires a echar pestes contra el Gobierno.

Cuando murió don Carlos, quedé a cargo de su hijo Francisco Solano, que ya era Presidente y General. Él me metió en el Ejército. Me hubiera visto, señor, con mis botas granaderas y mi casco de Acá Verá. La chaqueta roja, los alamares, los botones relucientes, el barboquejo [46]. Al costado, el sable de punta y filo, con sus borlas doradas.

Yo tenía que velar el sueño del *Karái Guasú* y custodiarlo discretamente en todo momento. Lo acompañaba a corta distancia procurando no hacerme notar mucho pero atendiendo hacia los cuatro puntos cardinales. Si fuera preciso, tenía que detener con mi propio cuerpo a cualquier malintencionado. Siempre estaba alerta, confundido con un matorral, sombra quieta detrás de un horcón. Hasta cuando iba a mujercar a extramuros.

Sírvase un poco más de esta carne de venado, señor. Blanda y sabrosa como el cuarto de una mujer. Usted se dará cuenta de que no es de balde mi fama de mariscador. Tengo el mejor pulso de estos parajes. Le acerté al bicho con un solo tiro, en la propia cabeza. Apenas dio un salto y cayó muerto.

El Mariscal me puso en la Mayoría al comenzar la guerra, desde Cerro León en adelante. Viera usted, señor, la flor de la soldadesca, el Ejército de la patria. De allí salieron los mejores soldados, en los batallones que Lakú Estigarríbia entregó en Uruguayana, sin pelear. No le dio el resuello ni para amagar una embestida. Tan pedante que era, con un empaque de gallo paloma, y resultó un flojo que se achicó ante la primera amenaza.

Estuve en la invasión de Corrientes, con la columna del general Robles. Pero no tuvimos suerte y [47] tuvimos que evacuar la ciudad después de que los encorazados brasileños hundieron nuestros mejores barcos en Riachuelo. Robles fue enjuiciado, por inútil, y fusilado.

Después vino la campaña del Sur. Anduvimos metidos hasta el pecho en los carrizales. En lugares bajos, llenos de víboras, cientopiés y arañas grandes como mi puño. Peleé en Isla Purutué, en Estero Bellaco, en Sauce. En ninguna parte les mostré el lomo a los *kambá*.

En Tuyutí, el Mariscal quiso acabar de un solo golpe con el enemigo, pero perdimos casi toda nuestra gente. Yo pude salvarme, con la ayuda de Dios, galopando sobre un

bayo que resoplaba de miedo, enloquecido por el humo y el ruido. Buscando los batallones del general Barrios dimos vuelta a todo el campamento aliado con la caballería de Olabarrieta. Pero Barrios no estaba en ninguna parte y no llegó nunca. Fue un desastre.

Algo habrá tenido cocinándose en el estómago este Barrios porque luego se supo que anduvo conspirando contra el *Karaí López*. Cuando se vio apretado por la acusación, se cortó el cuello con su navaja de afeitar, pero le salvaron a tiempo. Le quedó la voz chiquita, chillona como rascado de *gualambáu*. Se hizo el loco después, fingiendo que cualquier cosa lo aterrizzaba, hasta una hormiga que pasaba. Lo mismo fue fusilado. [48]

La noche de Tuyutí hubo música en nuestro campamento. La banda *Para'í* tocó *La Palomita* con desesperación, con furia; para demostrarles que no nos habían quebrado y que todavía teníamos el ánimo bien plantado. Fueron tantos los muertos que los aliados no sabían cómo enterrarlos a todos. Los amontonaron como rajás y les prendieron fuego. Los cadáveres de los nuestros tardaron muchos días en arder totalmente. Tenían muy poca grasa de tan flacos que estaban. Pura carne correosa, flaca dura, como negra cecina de enero.

Tanto coraje desparramado, señor, nadie lo había visto nunca. Y eso no era todo. La enfermedad y la miseria del campamento nos mataron tanta gente como los aliados. La peste dejó a la miseria a los pocos que no pudo matar. Todo tuvimos que aguantar y atorarnos para que no les saliese barata la aventura.

Algunos no tuvieron el corazón firme y comenzaron a flaquear enseguida. La traición plantó su semilla y creció alrededor de los fogones y de los fusiles en pabellón. La tentación de Judas puso su huevo, negro como el de la ura, bajo la piel de muchos hombres honrados y formales. Alzamos cabeza en Curupayty y hubo un hermoso rayo de esperanza. Tal vez todavía podíamos ganar. Pero otras derrotas que vinieron después terminaron de quitarnos la posibilidad de una victoria. Aún así, nos quedamos en nuestros puestos, junto al *Karaí Guasú*, que nos guiaba. Sin él nos hubiésemos sentido perdidos, sin saber para dónde tomar, como desatinados en una noche oscura. [49]

Pero era necesario acabar con los traidores, que se multiplicaban como los yuyos después de la lluvia. En San Fernando, sobre el Tebicuary, cumplí órdenes que todavía me aprietan el alma, para barrer toda esa basura. En Lomas Valentinas, poco antes de la batalla, fusilamos a un montón de gente paqueta y de subido rango. En el grupo estaba el coronel Paulino Alén, que había sido mi jefe en la Mayoría. Hombre cabal y probado el coronel Alén. Guapo como pocos en el combate. Chusco y de elegante porte, como un caballero inglés. Bailaba el cielito con la agilidad de un gato y su mirada azul prendía incendios en la grupa de las mujeres.

Pobre Alén. No tenía la culpa de lo de Humaitá, pero no se podía dar el mal ejemplo. El Mariscal lo hizo responsable de varios errores. Alén se sintió hundido por el fracaso y se pegó un tiro en la cabeza, pero no murió. El cepo Uruguayana lo convirtió en una piltrafa. Para peor, la herida de la cabeza le dejó medio sin noción de dónde estaba parado.

Tuvo suerte de que lo matáramos, porque seguramente no iba a poder caminar nunca más. Lo metimos en una bolsa de cuero en la que yo mismo abrí unos agujeros para que hiciese sus necesidades. Lo colgamos de un árbol y allí quedó, casi olvidado. A veces se reía a carcajadas, como loco, dentro de la bolsa. Parecía empayenado. Cuando lo llevamos a ejecutar, era sólo piel y huesos. Ni nos molestamos en sacarlo afuera. Estaba extrañamente quieto dentro de la bolsa cuando fue puesto ante el pelotón de fusilamiento. Al [50] recibir los tiros, se agitó un poco. Hasta hoy no sé si ya estaba muerto ni si el estremecimiento fue causado por el empujón de las balas. O, en verdad, fue la última resistencia de la carne antes de entregar el alma.

Junto con él murió don José Berges, ministro de Relaciones Exteriores. Hombre agraciado y de provecho, muy leído, a quien debía varias finezas. Siempre se portó bien conmigo y no tenía motivos para faltarle. Yo mismo le apresé y le remaché los grillos en los pies. Me miró y se quedó callado. El también sabía el valor de una consigna. Lo fusilamos junto a Alén, el obispo Palacios, el general Vicente Barrios, cuñado del Mariscal y varios más. El consejo de guerra había ordenado la horca, pero el general Resquín no se conformó: fueron fusilados. Sentados, por la espalda.

Minutos después, comenzó la batalla. Las descargas de la ejecución se confundieron con los primeros tiros salteados del enemigo. Nos despedazamos peleando durante siete días. De puro milagro sigo vivo. Cuando ya nadie quedaba en pie, el Mariscal salió por Potrero Mármol, al trote corto de su caballo. Iba derecho sobre el montado, la mirada perdida, como soñando. Apenas agitaba, de vez en cuando, un rebenque con el puño de oro. Parecía ausente, en otra parte.

Las bombas caían a nuestros pies y reventaban sin hacernos daño. El *Karáí* López ni siquiera pestañeaba y mantenía la vista clavada en el camino. No habremos sumado más de cien los que le seguimos; a lavista del enemigo, que se limitó a hacernos algunos [51] tiros. Allí quedó nuestro último ejército. Lo que vino después, hasta Cerro Corá, ya no parecía guerra, sino una desgracia.

Estuve con el coronel Hermosa en Ka'aguy Jurú, para proteger la retirada hacia el Norte. Los *kambá* se nos vinieron encima como avispas y tuvimos que presentarles batalla. No pudimos hacer nada. Los que no murieron se dispersaron por el monte. Los jefes y oficiales capturados fueron degollados por los brasileños. Los colocaron en doble hilera, en el suelo, cada uno separado de su cabeza, a un metro de distancia. Por el medio de esta avenida flanqueada de osamentas pasó el general Victorino Carneiro Monteiro, cabalgando sobre un doradillo, sin mirar a los costados.

Nuestro viaje al Norte fue terrible y hasta hoy confunde mis días con pesadillas. Los tigres aprendieron a comer carne de cristianos. Se tendían al costado de los piques, gordos y soñolientos. Solamente necesitaban que algún rezagado no tuviera fuerzas para moverse más. Los buitres trazaban altos círculos en el cielo, esperando.

Dicen que cuando amenaza tormenta se siguen escuchando lamentaciones y voces de mando en la picada del Chirigüelo. No es difícil toparse con aparecidos, soldados de lanza y chiripá, con el morrión de cuero de nuestro Ejército. De tan flacos que son, se les pueden contar las costillas. Yo mismo volví a ver al coronel Alén, acogotado por el cepo Uruguayana y al propio obispo Palacios, echándome en cara mi sacrilegio [52] de fusilarle. Plagueos de difuntos, agelerías de mala visión.

En Zanja Hú, sobre el Arroyo Guasú, ejecutamos a más traidores. A lanzazos, para ahorrar municiones, que ya escaseaban. La deslealtad se multiplicaba como las hormigas a medida que la situación se iba poniendo más fea. Viera usted, señor, la blancura de la piel de Consolación de Barrios. Dio dos vueltas de su larga cabellera sobre los ojos, para no mirar a sus verdugos. Ni siquiera suspiró cuando el hierro le agujereó la piel. Allí mismo el pelotón lanceó a Hilario Marcó, el coronel que había ordenado, pocos meses atrás, el fusilamiento del general Barrios. Extrañas vueltas que da la vida, como caballo de calesita.

En ese lugar dejamos a más de setecientos heridos y enfermos que no podían moverse. No había caso de llevarlos y el Mariscal los dejó librados a la piedad de los *kambá*. Pero éstos torcieron el rumbo y pasaron por otro lado, en su persecución. Los setecientos murieron sin remedio, de hambre seguramente, agusanados. Años después, unos señores que estaban marcando la frontera con el Brasil encontraron sus osamentas, repartidas por el campamento. Las calaveras vacías de ojos parecían mirar la boca de la picada por donde tenían que llegar los enemigos. Esperaron de balde.

Qué íbamos a hacer nosotros, sino cumplir las órdenes. Además, así como había traidores, otros conservaron el espíritu sosegado y leal. Me acuerdo del coronel Bernardino Denis, el jefe más viejo de nuestro [53] Ejército. Durante el viaje a Cerro Corá, sintió que se estaba muriendo y se tendió a un costado de la senda. Me llamó y me entregó su sable y su quepis para que los llevara al Mariscal. Estaba sereno. Todavía tuvo tiempo de pedirme que les hiciera llegar memorias suyas a varios amigos. Después abrió los ojos como para verme mejor y se derrumbó.

Qué quiere que le diga, señor. Que yo fui de los juramentados para morir con el *Karáí Guasú*. Tenía que haber llegado hasta el final. Esta palabra estaba en mi corazón, más fuerte que en mi lengua. Pero, en Cerro Corá, falté a mi promesa. Y hasta ahora me duele el corazón por ese incumplimiento.

Yo no estuve a su lado cuando lo mataron los *kambá*. El capitán Francisco Argüello y el alférez Chamorro defendieron los últimos metros que separaban a los enemigos del Mariscal. Tuvieron que hacerlos pedazos a los dos para acercarse y tirarle a quemarropa. Lo remataron enseguida, en el Aquidabán.

Esa mañana, muy temprano, vinieron unas mujeres corriendo desde paso Tacuaras para avisarnos que los brasileños habían caído de repente sobre la guardia. El Mariscal me comisionó con urgencia para ir a bombear, mientras llamaba a las armas. Cuando llegué, con cuatro hombres, los brasileños ya habían tomado la guardia. Tratamos de ganar una isla cercana, al galope, pero nos cortaron el paso. Ya no pudimos retirarnos y se nos vinieron al humo, apretándonos contra una rinconada. [54]

Tuvimos que pelear, de apuro. Recuerdo el griterío, los jadeos, las arremetidas de los caballos, las chispas que hacían saltar los sables, la carcajada de un soldado negro. Repartí unos hachazos y creo que alcancé a un oficial porque se apartó del entrevero, sosteniéndose mal que mal sobre su recado.

Recibí un golpe en la cabeza y caí al suelo. Desperté muchas horas después, cuando el sol ya estaba entrando. Me habían atado a un árbol con un tiento muy fino que se hundía en mi carne. La sangre seca sobre la cara no me permitía ver muy bien lo que estaba pasando. Escuché los hurras, la voz de un herido que se quejaba, la música de un baile que estaba comenzando en el campamento, sobre las tumbas recién abiertas. Una mujer se reía, a los gritos, como loca, quién sabe de qué.

Alguien se me acercó, tambaleando. Me voceó en portugués, pero luego me apoyó un vaso en la boca y me dio de beber. Por las burbujas, era un requecho de la bodega del Mariscal. Adiviné que todo había terminado. Agradecí el líquido llorando y supe que mi compromiso con el *Karaí Guasú* era más grande que antes. El escapulario que me había regalado en Caiibary me estaba quemando como una brasa.

Me llevaron prisionero a Asunción, encerrado en una jaula. Pero me soltaron enseguida y ya no me hicieron caso. Dormí unas cuantas noches en el corredor de la Capitanía del Puerto. Cuando pude, volví nuevamente hacia estos lados. Me conchavé como habilitado [55] en el trabajado de un gringo, cerca de la capilla de Tacuatí. Después me dediqué a la mariscada, procurando no alejarme de este lugar. Cada cierto tiempo viene alguien a pedirme que lo traiga hasta aquí mismo, donde dejamos las carretas. No sé cómo habrá corrido la voz. Pero estoy preparado desde hace mucho para hacer este recorrido. Conozco el trayecto, casi de memoria. A ojos cerrados.

Los payaguá murieron envenenados con la carne del buey. O mejor dicho, con el veneno que mezclé cuidadosamente con la sal. Los herejes tardaron varias horas en su agonía, revolcándose en el barro, mirándome con ojos de rabia, acusadores. Decían cosas, seguramente terribles, en su idioma. Qué podía hacer yo, sino cumplir con la consigna.

Tuve que matar también a Josías, cuando terminamos de enterrar a los payaguá. Creo que ni se dio cuenta cuando le reventé la cabeza de un solo tiro de rifle. Estaba arrodillado, rezando, y cayó sobre la tierra recién removida. Yo sé que me comprendió, que me habrá perdonado. Los dos fuimos formados para cumplir la orden, sin remilgos ni cavilaciones.

Al amanecer, llovió suavemente. Vi que la sangre de Josías se iba escurriendo hacia el arroyo y que su rostro se quedaba limpio. El agua barrió las hormigas de su cara y le dejó un gesto raro, casi amistoso. Como cuando contaba chistes en los campamentos. Pura fisonomía de paz, de mansedumbre, fue la que encontré en Josías esa madrugada. [56]

Hubo un murmullo de pájaros y un *tapití* pasó corriendo entre mis piernas. Se juntaron mariposas sobre Josías y casi lo cubrieron totalmente. Un arco iris se tendió de lado a lado del arroyo. Entonces comprendí que todo estaba bien y podía quedarme tranquilo.

Tardé un día y medio en volver, llevando los bueyes restantes y hasta lo que había sobrado de la carne. El *Karaí López* me miró fijamente y no pudo hablar. Seguro que ya no me esperaba más. Habrá creído que yo me iba a escapar con las carretas y ofrecerme al enemigo, como hicieron tantos que le habían lamido las botas. Gente con alma de vivanderos, como el capitán Lázaro Quevedo, el coronel Carmona y el médico

Solalinde, que se escurrieron como lagartijas con el cuento de ir a explorar los alrededores.

Usted supo parte de esta historia, señor. No sé cómo se la contaron ni quién le dio la información. Así pudo encontrarme en aquella pulpería de Tacuatí y ofrecerme tanta riqueza para que lo traiga hasta aquí. Fue muy gentil su convite de caña con *guaviramí* y el recado nuevo, chapeado, que me obsequió en prueba de buena voluntad.

Me falta decirle que me quedó la espina de que yo tenía que cumplir la Consigna todavía después de Cerro Corá. Por eso estamos aquí solos los dos. Pero usted me está apuntando con un revólver y seguramente se propone matarme.

Usted verá que conservo alrededor del cuello el escapulario con la imagen de la Inmaculada que me [57] dio el *Karái Guasú*, cuando salimos con las carretas. En un hueco escondido sigue guardado el veneno que me entregó para matar a los herejes que me dio de escolta. Verá que sobró algo para usted. Pero ya se está acabando.

Además, me estoy volviendo viejo. Por eso le estoy contando esta historia. Para darle tiempo a matarme y poder terminar, de una vez por todas, con la misión que me encomendó el *Karái Guasú* hace treinta años. Usted no me sobrevivirá mucho tiempo. Agoté el veneno que me quedaba sobre la carne de venado que acabó de comer. Pronto comenzará a quemarle las tripas y a nublarle el entendimiento. Y yo podré darle parte a mi Jefe de que su orden fue cumplida. [58] [59]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo